

JOSÉ MORENO VILLA, *Memoria*. Ed. de Juan Pérez de Ayala. El Colegio de México-Residencia de Estudiantes, México, 2011; 715 pp. (Serie *Literatura del Exilio Español*, 12).

José Moreno Villa, “poeta, pintor, crítico de arte, archivero y anticuario y creo que hasta químico un día”, como escribiera Alfonso Reyes en la primera serie de *Marginalia*, fue el primer republicano español en arribar a México, que se convertiría en su tierra definitiva de exilio. Invitado por Genaro Estrada en mayo de 1937, este exilio sin retorno, al igual que el de tantos españoles es, sin duda, en el caso de Moreno Villa, la experiencia vital decisiva que impulsó una y otra vez su ejercicio de memorialista. Formó parte, primero, de la entrañable Casa de España, fundada en 1938 por el presidente de México, el general Lázaro Cárdenas, para acoger a los intelectuales, artistas y científicos de la República española y, a partir de 1940, de El Colegio de México hasta su muerte en 1955. Moreno Villa ha sido recordado en varias ocasiones en el propio Colegio de México: en mayo de 1993, cuando se organizó el Coloquio Internacional “Los poetas del exilio español en México”, y luego en distintos homenajes a la Casa de España, por los setenta años de su fundación en 2008 y, hace poco, en 2013, por los setenta y cinco. Otro testimonio de gratitud a Moreno Villa es la elección de un dibujo suyo, un hermoso Pegaso, como logo de la “Serie Literatura del Exilio Español” del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio. También debe recordarse que fue en la editorial de El Colegio de México donde Moreno Villa empezó su labor de memorialista con la publicación de su autobiografía, *Vida en claro*, en 1944, volumen que cuidó, por cierto, Daniel Cosío Villegas como se lee en el colofón, y que es sin lugar a dudas un texto en verdad único en el conjunto de la obra de Moreno Villa y también, podría agregarse, en el contexto mayor de las memorias del exilio español.

Memoria es un bello volumen editado con sumo cuidado por Juan Pérez de Ayala, el mejor conocedor de la obra del escritor malagueño, que reúne ahora todos sus textos autobiográficos, la mayoría escritos en México entre 1937 y 1955, algunos inéditos y reproducciones de varios de sus cuadros y retratos a pluma, acompañados por un álbum fotográfico del periplo vital de Moreno Villa. El interés de Pérez de Ayala por la obra de Moreno Villa es antiguo, ya que se ocupa de su obra, tanto literaria como pictórica, por lo menos desde los años ochenta del siglo pasado, en que da a conocer algunos textos inéditos del escritor, como el que se titula, “(Cómo fue) el camino de las musas”, recogido ahora en *Memoria* y que es por cierto una interesante primera versión de un capítulo de *Vida en claro*. Fue asimismo el comisario de una exposición que le organizó en 1987 el Ministerio de Cultura de España. Antes de que el Archivo de Moreno Villa pasara al

acervo de la Residencia de Estudiantes en 1990, Pérez de Ayala ya lo había consultado en varias oportunidades en México, en la casa de la viuda del poeta, Consuelo Nieto, y de su único hijo, José Moreno Nieto. Hace unos años, también en co-edición entre la Residencia de Estudiantes de Madrid y El Colegio de México, Juan Pérez de Ayala preparó la muy necesaria edición de las *Poesías completas* de Moreno Villa.

Al consultar el Archivo José Moreno Villa, ya en la Residencia de Estudiantes, el editor explica en la "Introducción" al volumen que encuentra un boceto de cubierta titulado simplemente "J. Moreno Villa / *Memoria* / México 1944" y que viene acompañado por un dibujo del propio escritor, un "dibujo [que] representa a una figura difuminada, mera sombra o espíritu, que camina por una ciudad de rasgos mexicanos entre una multitud de personas que charlan o se ocupan de sus asuntos" (pp. 25 y 27). Esta imagen, que ya aparecía en la *Iconografía* de José Moreno Villa que publicara el Fondo de Cultura Económica en 1987 para conmemorar el centenario del nacimiento del escritor, no se vinculó entonces con la autobiografía, como lo hace ahora Pérez de Ayala. Interesa mucho el dato porque se trata por supuesto de la primera opción elaborada por Moreno Villa para la portada y título de su *Vida en claro*, título aquel, "Memoria", que ahora el editor escogió atinadamente para el presente volumen.

Volumen sustancioso de casi 700 páginas, *Memoria* está organizado en distintos apartados que incluyen en primerísimo lugar, *Vida en claro*, piedra angular de todos los escritos autobiográficos de Moreno Villa, obra escrita con esa "sobria gracia andaluza" a la que se refirió Alfonso Reyes al hablar de su prosa. Sencillez (una sencillez muy trabajada, como también observaría Reyes), elegancia, equilibrio, discreción, serán algunos de los calificativos empleados por los lectores contemporáneos de la publicación del libro, como Cardoza y Aragón, José Luis Martínez y Ermilo Abreu Gómez, virtudes a las que habría también que agregar una franqueza expresiva, que Moreno Villa dice haber heredado de Pío Baroja. La autobiografía define asimismo el gesto esencial que le atribuye Moreno Villa al género de las memorias: un gesto afirmativo, exento de nostalgia, que pone por delante la vida y que alude por cierto a un *leitmotiv* de buena parte de su obra: el anhelo reiterado de "ver con claridad el pasado", unido a la necesidad de "[aclararse] más y más la condición humana", como escribe en un texto de 1951, "El ver y el no ver" (pp. 387-389). Se incorporan además las dispersas "memorias revueltas" (a las que llama juguetonamente su "*almario* (armario del alma)" (p. 401), que fueron apareciendo en la prensa mexicana entre 1950 y 1955. A estas memorias, que amplían considerablemente la labor testimonial iniciada en la autobiografía, se agregan varias otras secciones con materiales inéditos, entre los cuales merecen destacarse los "Textos complementarios

a *Vida en claro*, 1906-1948”, los “Escritos sobre la guerra civil española, noviembre de 1936-mayo de 1937”, “Diarios y viajes, 1938-1949” y las “Memorias inconclusas, apuntes y notas”.

En uno de sus mejores poemas del exilio, “Confusión y bloqueo”, cuando se cierne sobre el poeta, en un momento de desaliento, “la confusión de la palabra humana” y “casi todo es una inmensa niebla”, el poeta reclama “claridad” y lo cito: “Todo me pide claridad”, para concluir diciendo: “hay que poner calor y transparencia / en lo humilde y lo alto de la vida” (José Moreno Villa, *Poesías completas*, ed. de Juan Pérez de Ayala, El Colegio de México-Residencia de Estudiantes, México, 1998, p. 486). En *Memoria*, reclama también esa “claridad” a la hora del recuerdo: “Al escribir del pasado no se pretende otra cosa que salvar de la neblina ciertos aspectos a fuerza de dibujarlos con ahínco, hasta rayando el papel” (p. 411). Asimismo en varias de las “memorias revueltas” recogidas en este volumen, pienso en “Aprendizaje anárquico”, en “Magisterio de los criados” o en “La enseñanza de los pobres”, encontramos el sencillo homenaje aludido en el poema anterior, un homenaje nada estridente a “lo humilde y alto de la vida” en las personas sencillas que le tocó en suerte conocer y tratar en su entorno malagueño, que lo “rodearon en la infancia y hasta pudieron influir en mi manera de ver el mundo” (p. 341). En un manuscrito de los años diez, una versión antigua sobre el papel de las musas en su vida, “Debe mi musa”, Moreno Villa insistía ya en este aprendizaje vital, humano, y no sólo libresco, que sostiene buena parte de su obra: “Mi musa engorda con las musas ajenas, pero, sobre todo con el contacto humano y directo” (p. 671). De allí que en otro fragmento de “Memorias inconclusas, apuntes y notas”, se burlara de los “biógrafos y exégetas literarios”, porque “nunca sabrán lo verdaderamente importante. Ese ligamento, ese encadenamiento que reúne a todas las cosas pequeñas y grandes, nutricias para nuestra musa” (p. 674).

Quisiera detenerme en una sección de *Memoria*, los “Escritos sobre la guerra civil española, noviembre de 1936-mayo de 1937”, todos inéditos, pero no sólo por eso, sino porque en *Vida en claro* es notorio que Moreno Villa pasa de manera rápida sobre la guerra y sus consecuencias. Su estrategia, en la autobiografía, era de defensa personal del autobiógrafo desterrado que se negaba a aceptar, en la narración de su vida, el peso abrumador que las circunstancias históricas tuvieron en ella y que cambiaron su rumbo, como la de tantos españoles. Años después, tendrá que reconocer en otra memoria revuelta, “El alma timpánica”, que estas circunstancias “se habían impuesto a la voluntad individual” (p. 533). En varios de estos escritos sobre la guerra está, por el contrario, la guerra con su presencia implacable, pero narrada sin dramatismos, concentrándose en la observación minuciosa de los menores detalles que poco a poco van acabando con la vida normal en el Madrid sitiado de los primeros meses de la guerra. More-

no Villa es, en las páginas conmovedoras de esta suerte de diario, un simple habitante de la ciudad que se retrata con los mismos miedos que el habitante común, un miedo que se concentra en los “ruidos” de la guerra: bombas, cañones, fusilamientos nocturnos. Recluido al final en su cuarto de la Residencia de Estudiantes, un lugar estratégico desde el que se ve todo Madrid, Moreno Villa relata el avance de los rebeldes que observa desde la ventana de su cuarto.

En esta sección, están también los manuscritos de las conferencias que pronunció Moreno Villa en los Estados Unidos (Washington, New York, Princeton, New Brunswick), a donde lo mandó en 1937 el gobierno de la República para que sensibilizara al público norteamericano, sobre todo a los universitarios del este del país, sobre la situación española de la hora. En *Vida en claro*, el escritor se refería sólo de pasada a esta estancia. Estas conferencias, “Lo visto” y “La conducta y la Revolución”, muestran su compromiso con la República y los valores que defiende este “miliciano de la cultura”, como se define a sí mismo, y en ella Moreno Villa reflexiona agudamente sobre aquel momento histórico y sobre hombres y conductas en tiempos de guerra. No le fue fácil hablar de España en ciertos recintos, como el de Princeton, en el que tuvo que enfrentarse a cierta hostilidad por el estigma bien conocido que perseguía por doquier a los republicanos (incluso en el caso de un hombre apartidista, como él), o sea el de “ser un enviado rojo” (p. 319). También anota el escritor una tercera conferencia, cuyo manuscrito tal vez se perdió, sobre “La guerra, la revolución y la crisis del arte”, y alude a la serie de dibujos sobre la guerra (unos 21) que hizo durante su estancia en Norteamérica y que expuso en la embajada de España en Washington y en Princeton con el propósito de llegar a un público mayor, ya que sus conferencias las daba en español. Panofsky, el gran crítico de arte que había tenido que abandonar la Alemania nazi poco antes, se refirió en términos elogiosos a estos dibujos: “Es la primera vez que veo unidos el arte y la política de un modo perfecto” (p. 322).

Incluidos en las “Memorias revueltas” están también los estupendos retratos de sus amistades mexicanas (escritos y acompañados por sus dibujos a pluma, “cabecitas a pluma”, como las llama), de Alfonso Reyes, Genaro Estrada, Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor, de los cuales no es posible ocuparnos en esta nota. Sólo destacaré la semblanza que hizo Moreno Villa de Xavier Villaurrutia a los pocos días de su muerte, una semblanza que muestra la auténtica corriente de simpatía que existió entre ambos poetas-pintores. Antes, en 1938, Xavier Villaurrutia había saludado al pintor Moreno Villa en las páginas de *Revistas de Revistas*, y lo hizo con un retrato fino y certero del español, “un poeta que pinta”, un “español silencioso, sonriente y distraído de todo lo que no es su paisaje interior”, un “buzo de sí mismo”; agrega el mexicano que “entra en sí y sale de sí para volver en sí” (*Obras*, F.C.E.,

México, 1966, p. 1080). Por su parte, Moreno Villa apreció la medida, la discreción, el ingenio y la gracia de Villaurrutia, pero “dosificados o cuando vienen a pelo, no en forma torrencial y agotadora. Esto es lo que me fatiga en Gómez de la Serna y en Bergamín” (p. 422). También de esas afinidades, más secretas y menos conocidas, se nutrió en México el silencioso Moreno Villa.

Moreno Villa no se contenta sólo con narrar, recrear y acumular recuerdos, sino que se pregunta en algunas ocasiones por el sentido mismo de su gesto memorialista, al que acude una y otra vez, quizás por fidelidad a la verdad que encierran los recuerdos y porque entregan claves para entenderse: “Si de algo sirven las memorias es para conocerse a sí mismo. No vale, pues, novelizar, ni esquivar, porque con ello se desvirtuaría todo el trabajo” del memorialista (p. 338). En otro texto vuelve sobre lo mismo al preguntarse si este empeño en seguir redactando “memorias” ¿no será con “el terco propósito de ir entendiéndome?” (p. 603). No cabe duda de que estas reflexiones paralelas a las narraciones de recuerdos, en las que indaga en sus motivaciones al escribir, enriquecen considerablemente el conjunto de sus textos de memorialista. Al igual que otros autobiógrafos y a la vez escritores (en otras lenguas y tradiciones), Moreno Villa parece haber tenido algunas reservas o dudas ante el género, como lo manifiesta en las páginas finales de su autobiografía cuando sostiene que “las mejores biografías de los artistas son sus obras. En ellas están fijadas sus vidas, sin comentarios ni errores”, acaso con “mayor firmeza y profundidad” (p. 241). A pesar de todo, y a la luz del libro *Memoria*, puede apreciarse que Moreno Villa no sólo no abandonó el género más amplio de las memorias, sino que siguió cultivándolo hasta el final de su vida. Con el transcurrir de los años y sobre todo con la prolongación del exilio en México, se abrió paso la necesidad de seguir indagando en la memoria íntima de lo vivido en España y de recrear muchos de los ambientes de la niñez y juventud en su Málaga natal, en Churriana y en Madrid. Aunque los recuerdos son ahora fragmentarios y “revueltos”, existe en el fondo la misma voluntad (que en *Vida en claro*) de establecer una continuidad entre el pasado y el presente con el propósito de restañar la ruptura o el corte que significó la Guerra Civil y el destierro. Pero Moreno Villa no lo hace con amargura o desazón, sino con la firme convicción de “haber renovado [su] vida en México” y porque en su tierra de exilio, agrega, “he sumado, me he enriquecido con almas nuevas” (p. 676).

ROSE CORRAL
El Colegio de México